

gen sagrada, ó al agua bendita, pues que todos ellos viven muy alejados de Dios, y muévense en una esfera que no parece sino que gira fuera del centro de la infinita inmensidad divina. ¡Nó! ¡nó! los avisos de Santa Teresa á sus Carmelitas descalzas no es fácil que aprovechen á semejantes personas; y sin embargo, ¡cuan excesivamente más laxa no es Santa Teresa, comparada con esos nuevos maestros de la ciencia espiritual! Mejor es revolotear cual mariposita al rededor de las luces de una solemne función religiosa, que vivir sin amor en medio de las dulzuras y diversiones mundanales, que, si bien parecen inocentes, acaso sean pecaminosas.

#### SECCION VIII.

##### *Jaculatorias y atencion.*

5.º Otro método para glorificar á Dios con las cosas ordinarias y comunes consiste en el ejercicio de la oracion jaculatoria. No es este el lugar de ocuparse detenidamente acerca de semejante asunto; su íntimo enlace con la materia de que estamos tratando es harto conocido de todos. La oracion jaculatoria fué la práctica principal con que llegaron los Padres del Desierto á una altura incomparable de santidad. Afirma San Francisco de Sales «que la gran fábrica de la devocion descansa sobre el ejercicio de la oracion jaculatoria, que á diferencia de todas las otras oracio-

nes puede suplir la falta de las demas.» El abad Isaac cuenta en Casiano cosas maravillosas de la simple jaculatoria: *Deus in adjutorium, etc.* Estando el Padre Brandano para partir á Portugal, suplicó á San Ignacio le dijese, en qué devociones deberían ejercitarse los estudiantes de la Compañía; y el Santo le respondió, «que además de las devociones de costumbre, se ejercitasen en andar siempre en la presencia de Dios, hablando, paseando, mirando, oyendo y pensando, ya que la divina Majestad se halla presente en todas las cosas, por presencia, presencia y potencia.» Díjole asimismo que «semejante ejercicio de la presencia de Dios era ménos laborioso que el de la meditacion sobre materias abstractas, y que una breve jaculatoria movía al Señor á visitarnos de una manera muy singular.» Suspiremos, pues, por la gloria de Dios: enviemos al cielo, desde las calles y plazas, flechas aceradas por los intereses de Jesus, y recitemos, doquiera nos hallemos, una corta oracion en favor de las almas de nuestros hermanos. Sin fatigarnos, podemos decir al dia un sinnúmero de jaculatorias y aspiraciones devotas; y cada una de ellas será más agradable á los ojos de Dios que una batalla ganada, un descubrimiento científico, un palacio de cristal, un cambio de ministerio ó una revolucion política. Varias son las jaculatorias que tienen indulgencias; y así la más breve sentencia: 1.º, ganará méritos; 2.º, impetrará gracias; 3.º, satisfará por las culpas;

4.º, glorificará á Dios; 5.º, honrará á Jesus y á su Madre; 6.º, convertirá á los pecadores; 7.º, socorrerá á las almas benditas del purgatorio. Bajo este respecto, ¿no podremos hacer algo más por Jesus, que lo que hemos hecho hasta aquí? ¡Oh Amor, Amor! ¡Vos mismo es preciso que nos enseñeis los medios de que debemos valernos para ello, cuidando de recordárnoslos, cuando los olvidemos!

Mas para conseguir todos estos frutos no basta que pronunciamos con los labios nuestras oraciones jaculatorias, es decir, por mera rutina y sin ninguna atencion interna. Entre no pocas gentes se ha hecho hoy de moda hablar con cierto desden de la oracion vocal; pero no debería olvidarse que en los mismos tiempos modernos se han levantado herejias acerca de semejante materia; herejias contra las cuales recaen las censuras de proposiciones condenadas por la Iglesia. La oracion vocal es la que elevó á los Padres del Desierto á la más eminente santidad; y Santa Teresa, en época posterior, fué la Doctora de las excelencias y prerogativas de la oracion vocal hasta para llegar á la más alta contemplacion. El mismo P. Baker se ha visto obligado á confesar que por medio de la oracion vocal conduce Dios incidentalmente á no pocas personas á las alturas de contemplacion y union mística; si bien considera hoy semejante efecto de la oracion vocal ménos frecuente que en los siglos pasados, fundando esta diferencia de resultados de la ora-

cion vocal entre los antiguos y nosotros en las razones siguientes: «Primeramente, la vida de los antiguos era incomparablemente de mayor abstraccion, de más rigurosa soledad y de un silencio casi perpetuo: prácticas que al presente se cree no somos capaces de ejercitar. Segunda, sus ayunos, abstinencias y otras austeridades, superiores á las fuerzas de nuestra enfermiza complexion corporal. Tercera, las ocupaciones exteriores en que se empleaban fuera del tiempo señalado á la oracion, las cuales disponian su espíritu al recogimiento é inspiraciones divinas mucho mejor que aquellas que ahora suelen comunmente practicarse.» Paréceme que Santa Teresa no vendría con el P. Baker, y hé aquí un nuevo ejemplo de Santos canonizados enseñando una doctrina más dulce y suave que la de las otras personas espirituales.

Como es tan rara la obra del P. Baker, me agradecerán mis lectores que copie aquí los párrafos en que dicho escritor resume su doctrina, relativa á la oracion vocal. «Pues que para toda clase de oracion, son sus palabras, se requiere necesariamente la atencion del ánimo, sin cuyo requisito no es oracion, preciso es saber que hay varias especies y grados de atencion, todos buenos, pero unos más excelentes y provechosos que los otros. El primer grado consiste en una atencion ó reflexion expresa á las palabras y sentido de la sentencia que pronunciamos con los labios ó revolvemos en la mente. Ahora bien; debiendo esta

atencion variar y cambiar, segun que se suceden unas á otras las sentencias de los Salmos, etc., no puede tan eficazmente fijar en Dios nuestro entendimiento y voluntad, pues ambas potencias tienen que ocuparse en nuevos afectos y consideraciones. Este es el grado más bajo é imperfecto de atencion, que toda clase de personas es más ó ménos capaz de alcanzar. Y cuanto más imperfectas sean las almas, ménos dificultad encuentran en abandonar semejante atencion: porque aquellas que profesan á Dios un encendido amor, no es fácil que puedan renunciar á un afecto que las tiene unidas á Dios, y que le hallan tan dulce y provechoso, para sustituirle por uno nuevo que se suceda en el Oficio: sustitucion que redundaría en perjuicio suyo.

«El segundo grado de atencion es el de las almas regularmente ejercitadas en la oracion mental, quienes, rezando el Oficio, sienten despertar en su corazon un vivo afecto hacia Dios, y desean continuarle sin variacion con el más profundo recogimiento posible, sin cuidarse de si es ó nó acomodado al sentido del pasaje que estén entónces recitando. Semejante atencion se refiere á Dios, no á las palabras; y es más saludable que la primera. Sería, pues, no ménos nocivo que irracional el obligar á las almas á sustituir esta segunda atencion por la anterior. En efecto, habiendo sido ordenadas todas las oraciones vocales de Escritura, etc., exclusivamente para suplir y proveer

el alma de afectos abundantes con que pueda estar siempre unida á Dios, aquélla que ya ha conseguido ese fin, es decir, la union, miéntras ésta subsista, no debe ser separada de ella, ni tampoco forzarla á buscar nuevos afectos, á ménos que careciesen ya de jugo los primeros.

«El tercero y más sublime grado de atencion al Oficio divino consiste en cambiar las oraciones vocales en mentales. Efectivamente, por medio de esta atencion, las almas en su union más íntima con Dios, todavía pueden atender al sentido y espíritu de cada pasaje que recitan, consiguiendo de esta suerte aumentar y simplificar su afecto, adhesion y union. Dicha atencion no se alcanza hasta despues que el alma ha llegado á una perfecta contemplacion, en la cual se halla la inteligencia tan habitualmente unida á Dios, y la imaginacion á la razon, que no la es posible fijarse en ningun otro objeto que la distraiga.»

«¡ Dichosas las almas, cuyo número es ciertamente muy escaso, que han llegado á conseguir este tercer grado de atencion por su cuidadosa solicitud en la práctica de los dos primeros, y singularmente del segundo! Así, pues, en el rezo del Oficio, hasta las almas más imperfectas, siempre que se encuentren bastantemente recogidas, harán bien en continuar manteniendo sujeta su imaginacion todo el tiempo que les sea posible; y el medio más eficaz para adquirir y aumentar semejante recogimiento en el rezo del

Oficio divino consiste en la práctica de la oracion interior, esto es, en la meditacion ó actos inmediatos de la voluntad, cuyo único blanco y fin es procurar mantener una constante atencion y adhesion del espíritu á Dios (1).»

6. No estará demas volver á repetir que podemos asimismo ofrecer á Dios, en union con los merecimientos de nuestro Señor Jesucristo y aquellos riquísimos tesoros sobrenaturales de que hablamos en el capítulo pasado, no sólo nuestras acciones ordinarias, sino tambien todo cuanto nos acontezca en la vida presente. Así es como nuestros más ligeros sufrimientos, penas, contradicciones y adversidades, serán otros tantos celosos misioneros para la propagacion de la fe, apóstoles que conviertan á los pecadores, y Ángeles que alaben y glorifiquen á la soberana Majestad del Altísimo. Nuestras más pequeñas mortificaciones, aunque escasas en número y por muy livianas que sean, unidas á los azotes, espinas, clavos y lanza, atraerán hacia nosotros el Sagrado Corazon de Jesus con una fuerza irresistible. La gracia que recibamos durante el dia se duplicará ofreciéndola por la noche en union con la gracia de Aquél de quien proceden todos nuestros dones. Hé aquí cómo Jesus nos ayuda á amarle, y cómo nos eleva á la dignidad augusta de reyes y sacerdotes. Si nos condoliésemos

(1) II, 13, 14, 15.

de los ultrajes que recibe nuestro Dios y Señor; si tuviésemos un verdadero celo por la gloria de nuestro Padre misericordioso y compasivo; si nos apiadásemos de las almas infelices privadas de la gracia y rodeadas de mil tenciones, ¡qué asombrosas maravillas no obraríamos entónces, prosiguiendo nuestro camino ordinario, no distrayéndonos de nuestras ocupaciones y empleo, y sin privarnos (así lo ha ordenado nuestro Dios y Señor) de nuestros pasatiempos y recreaciones! Por eso cuando uno considera que todas las cosas deben ser por Jesus, y ve lo que ha podido hacer en obsequio suyo, que ¡ay! no ha hecho, no sin razon comienza á creer que no existe ningun rincón de la tierra que se sepa, donde el fruto de la gloria divina sea ménos exquisito y más escaso que en nuestro mezquino corazon.

¿No cuenta la fábula de cierto personaje, que cambiaba en oro todo cuanto tocaba, y que muy luego se vió embarazado con don tan maravilloso? Pues tambien nosotros, bajo la ley evangélica, bajo la ley de gracia, cambiamos en oro todo cuanto tocamos con la intencion y oblacion; pero con la diferencia, de que nuestro don no llega nunca á embarazarnos, porque jamás llenarénos á Dios de gloria ni al cielo de méritos. ¡Qué desconsuelo, pues, contemplar al fin de la vida los millones y millones de ocasiones perdidas! Mas ¿cómo, me dirán algunos, cómo es posible que vayamos notando todas las ocasiones que

se nos ofrecen , que las recordemos , siendo innumerables y sucediéndose sin cesar unas á otras? Es imposible dar ninguna regla , ni trazar ningun método formal: *amad, amad, amad*; no hay otro camino, no se conoce ningun otro medio. El amor os enseñará todo cuanto debéis saber; el amor os revelará los secretos de Jesus; el amor os hará las cosas fáciles y gustosas; el amor, en fin, será para vosotros una nueva naturaleza. No hay nada que llegéis á desear que el amor no pueda conseguir, y ningun otro medio sino el amor es capaz de alcanzároslo: *amad, y amad*. La dificultad no está ciertamente en amar á Jesus, sino en profesarle poco amor, cuando se tiene la dicha de amarle.

¡Ojalá nos fuese concedido ver y sentir la incomparable grandeza del privilegio que se nos ha otorgado de agradar y complacer á Dios nuestro Señor! Si salvásemos nosotros la vida del Príncipe heredero de la corona, no es fácil que llegásemos á olvidar la expresion de agradecimiento pintada en el rostro de su augusta madre; siempre estarían resonando en nuestro oído las abrasadas palabras de gratitud que brotaran de sus labios en prueba de su reconocimiento: las lágrimas de una soberana, y lágrimas de gozo, no son cosas, por cierto, que lleguen luego á olvidarse. Pero ¿qué es todo esto comparado con el privilegio incomparable de agradar á Dios, aunque no fuese más que una vez en la vida? ¡Oh! semejan-

te pensamiento se desenvuelve cual insondable piélago, hasta el punto de llegar á causar en nuestro ánimo un asombro indecible. Consideremos por una parte quiénes somos nosotros, cuál es nuestro origen, nuestra rebeldía, nuestra natural flaqueza, nuestra vileza personal, nuestra horrible perversidad y espantosa indignidad y miseria; y por otra, quién es Dios, el invisible, santísimo, incomprendible Dios que tiene la dignacion de complacerse con nosotros, que anhela procuremos agradarle, que dispone toda la naturaleza para que por mediacion de la gracia podamos complacerle más y más cada dia, que nos provee, en fin, de un sinnúmero de auxilios sobrenaturales con que proporcionarle semejante contentamiento y tan indecible placer. La inmensidad de esta su condescendencia es absolutamente inexplicable; y ¡ojalá que nuestro Señor dulcísimo se dignase dilatar bastante nuestro corazon para que pudiésemos comprenderla! Pero ¿á qué andar discuriendo sobre la manera de comprender una de sus divinas condescendencias? Pues qué, ¿no tenemos un corazon capaz de contener al mismo Señor, su cuerpo, alma y divinidad? Hé aquí cómo nuestro pensamiento salta de una condescendencia á otra condescendencia, de un amor á otro amor; y no halla otra cosa que misericordias sobre misericordias. Sube á una altura, y tropieza con otras alturas más elevadas todavía; y todo es amor! ¡amor! ¡amor! ¡Dios amoroso! ¡Dios

amoroso! Así nos dice Santa Gertrúdis que podemos apellidarnos; y ¿qué otro nombre os hemos de dar? ¿Por qué, pues, no os amamos, Dios amorosísimo, y digno de un amor superior á todo humano encarecimiento?

Si paramos la consideracion en estas tres cosas, á saber: Dios, nosotros mismos y el sistema sobrenatural en que nos encontramos, llegaremos seguramente á ver y palpar que la capacidad que tenemos para glorificar á Dios, á pesar de no ser Santos ni cosa que se lo parezca, es una capacidad asombrosa é inefable. En primer lugar, uniendo nuestras acciones á las acciones de Jesus, adquieren un valor casi infinito, y lo que entónces tenemos que ofrecer á Dios es asimismo en cierta manera infinito. ¿Qué digo? ¿si podemos ofrecerle el mismo Jesus, que es infinito é igual á Dios, y ofrecérsele en todo cuanto decimos, hacemos, pensamos y sufrimos! Consideremos, en segundo lugar, la multiplicidad de nuestras acciones. Nadie es capaz de contarlas, sobrepujan al cálculo; veámoslo si no con un ejemplo. Dos personas son invitadas á levantarse por la mañana temprano para tener media hora de meditacion; una acude á ella, la otra nó. La primera merece, y así glorifica á Dios más, infinitamente más que todas las ciencias físicas y artes juntas le han glorificado desde el diluvio acá, por las razones siguientes: 1.<sup>a</sup> por la mortificacion en levantarse temprano; 2.<sup>a</sup> por su modestia en vestir-

se; 3.<sup>a</sup> por el acto de la presencia de Dios; 4.<sup>a</sup> por la señal de la cruz; 5.<sup>a</sup> por su oracion preparatoria; 6.<sup>a</sup> por su meditacion; 7.<sup>a</sup> por la incomodidad en la postura, y su cansancio y distraccion; 8.<sup>a</sup> por las resoluciones que toma al fin de la meditacion; 9.<sup>a</sup> por cada jaculatoria que dice durante el tiempo de este piadoso ejercicio; 10.<sup>a</sup> por la obediencia en el cumplimiento de su obligacion. Todavía hubiera sido más exacto decir que cada uno de estos diez méritos encerraban innumerables méritos; pero reduzcámoslos á solo diez, y esta única práctica nos daría los resultados siguientes: semejante sujeto, con esa sola accion, glorificaría cada año á Dios tres mil seiscientas y cincuenta veces, y con cada una de estas veces agradaría á Dios,—y como se le permitiese complacerle una sola vez durante toda la eternidad, sería una condescendencia indecible—y le glorificaría más que todas las ciencias físicas le han glorificado jamás, puesto que le glorificaría sobrenaturalmente.

Despues de la multiplicidad de nuestras acciones, consideremos la facilidad increíble de ofrecérselas á Dios en union con los méritos de su Hijo santísimo. Una sola mirada á Jesus, y todo está hecho. No se necesitan palabras, suspiros, ni prolijas reflexiones: el amor contempla á Jesus, y esto basta, y todo está consumado. No olvideis asimismo que cada mérito implica un nuevo grado de gracia, y cada grado de gracia un grado correspondiente de gloria eterna,

siempre por supuesto, que tengamos la dicha de morir con el don de la perseverancia final: el ojo no ha visto, ni el oído ha oído, ni el entendimiento humano ha concebido jamás un solo grado de gloria celestial. Y todos estos grados preciso es que los multipliquemos millones y millones de veces; y si tenemos la desgracia de caer en culpa mortal, pero luego, ayudados de la divina gracia, imploramos contritos la preciosa sangre, no se contenta Jesús con perdonarnos, sino que le es indispensable devolvernos toda esa asombrosa suma total de méritos: tan apasionadamente anhela tenernos consigo en el cielo por toda la eternidad. ¡Y todavía existen católicos tibios! ¡Y Vos, Jesús mío, los sufrís con tanta paciencia! Cubristeis toda la tierra con una red de amor, que habeis estado tejiendo diligentemente desde toda la eternidad; pero la hicimos toda pedazos, y ¿qué haceis Vos entónces, dulcísimo, suavísimo y amorosísimo Señor nuestro? ¡Ah! ¡os poneis á tejer con inalterable amor una nueva red de preceptos misericordiosos y de alegre temor para coger en sus mallas aquellas almas necias que no quisieron dejarse prender con el cebo del amor!

¡Cuán dulce cosa es salvarse por Jesús! No parece sino que es preferible á no haber nunca incurrido en la culpa original. ¡Qué gozo el deberlo todo á Jesús! ¡qué dicha la nuestra no poder ni por un solo momento hacer nada sin su auxilio! ¡qué felicidad hallarle

por todas partes y ocupado siempre en imponernos nuevas obligaciones y ligarnos con nuevas cadenas de amor! ¡Ojalá estuviésemos tan fuertemente amarados á Jesús, que nunca nos fuese posible separarnos de su lado! Mas ¡ay! ser suyos, muy suyos, enteramente suyos, inenajenables y por toda la eternidad, es la dicha del Purgatorio! Seguramente, el lograr que una sola alma profese á Jesús un solo grado de amor, bien valen la pena los novecientos años de penitencia de Adán, entre las espinas y abrojos de una tierra solitaria é ingrata. ¡Y nosotros, sin embargo, estamos viviendo en el seno de su santa Iglesia, donde el principio, medio y fin de toda nuestra religion es que *todas las cosas son nuestras, y nosotros somos de Cristo, y Cristo es de Dios!*

Si existe una escena soberanamente tierna y patética, es, sin duda alguna, la que nos ofrece Dios, mendigando gloria de sus criaturas en un mundo hechura de sus manos. El amor que inspira semejante espectáculo es vivo y penetrante cual dolor agudo, y aseméjase al martirio que sufre un padre por su hijo culpable. ¿No nos hace enloquecer, y enloquecer de amor, viendo al Criador suplicando, mendigando al Todopoderoso, y que se le niegue la limosna que pide? Y ¿quién se la rehusa con tanta frecuencia como nosotros? ¡Ah! quién dará á nuestros ojos dos fuentes de lágrimas para llorar día y noche tan negra ingratitud, más inconcebible todavía que el ado-

rable misterio de la Santísima Trinidad! ¿Qué cosa puede haber más encantadora y paternal que nuestro Dios y Señor, pidiendo gloria á sus criaturas ¡á nosotros! siendo tan ruines y miserables como somos? ¿Cómo, cómo, pues, no le amamos? ¿Qué más puede haber hecho en favor nuestro? Siglos ha que él mismo decía: «¿Qué más puedo hacer, que no haya hecho?» Efectivamente, ¿qué más puede hacer el Señor por nosotros, que no haya hecho? ¡Contemplad y ved, hijos de los hombres, contemplad y ved! ¡El Rey de la gloria arreglando y disponiéndolo todo en su propio mundo, ¡loor á su Majestad soberana! como si fuésemos nosotros la causa final de toda la creacion!

FIN DEL TOMO I.

## INDICE GENERAL.

### CAPÍTULO I.

#### INTERESES DE JESUS.

	Páginas.
Jesus todo por nosotros y todo por amor.—Sus intereses, el objeto de la Confraternidad de la Preciosa Sangre.—Intereses humanos.—Intereses diabólicos.—Intereses de Jesus:—1.º en la Iglesia triunfante;—2.º en la Iglesia purgante;—3.º en la Iglesia militante.—Los cuatro principales:—1.º la gloria de su Padre;—2.º el fruto de su Pasion;—3.º el honor de su Madre;—4.º el aprecio de la gracia.—No siguen la misma regla que los intereses del mundo.—No esperar de ellos resultados visibles.—La oracion, el medio principal de promoverlos.	1

### CAPÍTULO II.

#### SIMPATÍA CON JESUS.

Servicio de amor.—La simpatía con Jesus, señal de santidad.—Los tres instintos de los Santos:—1.º Celo por la gloria de Dios;—2.º susceptibilidad por los intereses de Jesus;—3.º anhelo por la salvacion de las almas.—Historia de Santa Jacinta de Mariscotti.—Ejemplo de los tres instintos en un jesuita español.—Seis ventajas en la aplicacion de nuestras indulgencias por las almas del purgatorio...	39
---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----

### CAPÍTULO III.

#### EL AMOR OFENDIDO POR EL PECADO.

Dios es nuestro Padre igualmente que nuestro Criador.—Llévanos este título así al amor de complacencia como al de compasion.—Dolor de los pecados de nuestros prójimos.—Varias revelaciones de